

LA URGENTE REVISION DE LOS PRINCIPIOS INTERNACIONALES
DE 1945-72

I

No espere el lector nada sensacional ni original en este comentario. Espere, en cambio sinceridad y la posible objetividad en recordar, con cierta hilación y apuntando a las consecuencias, lo que se viene diciendo o escribiendo de forma muy heterogénea; solemne en areópagos y foros internacionales—Conferencias, Asambleas, otras reuniones—, en declaraciones y comunicados (porque los Tratados importantes no se conciertan todos los días) y hasta en Parlamentos. Menos solemnes en manifestaciones más populares, propias de los medios de difusión; o de reuniones, y, en fin, de lo que comenta casi diariamente el hombre del pueblo, que hace medio siglo consideraba a las relaciones internacionales como la alquimia reservada a una minoría de estadistas y profesionales, cuyos efectos le alcanzaban muy indirectamente, de no ser por la vía explosiva de verse envuelto en una guerra o revolución. Actualmente el hombre de la calle se tropieza con la política internacional a cada paso: cuando compra o vende, cuando viaja, cuando intenta desarrollar sus actividades profesionales y desenvolverse en lo que sus padres reputaban «asuntos privados» o, por lo menos, domésticos. No es democratización, sino masificación de estas relaciones lo que impone su carácter a nuestra época—¿cuántas páginas dedica cualquier diario o cuánto espacio una emisora, a lo externo?—y como donde opinan muchos variados y encontrados el barullo es inevitable, nadie puede sorprenderse del ambiente de desconcierto, confusión, movilidad y polémica que rodea a cualquier tema por inocente que sea su presentación.

II

Pero lo grave no es ese barullo, que podría resultar salutar como síntoma de la mayor participación del ciudadano en los asuntos públicos, de la interdependencia y solidaridad de los pueblos y del aumento de la preparación o de la cultura humana. Es que el barullo se desarrolla en una

época de revisión de casi todos los valores tradicionales—sin sustitutos claros ni probados—, de proliferación de los conflictos y de notorio desajuste entre los principios con que los grandes poderes—estatales o internacionales—han pretendido encauzar al mundo, después de aquella pesadilla que fue la II Guerra Mundial. Ya es bastante que el mundo, en menos de medio siglo, haya conocido dos grandes guerras de proporciones mundiales—no hubo neutrales sin «salpicaduras»—para que se tambaleara el clásico ordo iuris gentium. Si añadimos que la inventiva técnica revolucionaria se ha manifestado de muchas formas—positivas y alarmantes—; que la población mundial crece arrolladoramente (en treinta y seis años se duplica y hace tres siglos necesitaba para ello doscientos cincuenta años); que los pueblos «callados» son los que más alborotan; que se produce menos de lo que se consume—las excepciones aisladas confirman la regla en sentido universal—; que se desvasta, se agota y se contamina; que todos o casi todos están descontentos, porque piden (a veces con justicia) mucho en plazo fulminante, y que la generación joven y mayoritaria figura a la cabeza de los que quieren trocarlo todo, el lector comprenderá con facilidad que no exageramos al decir que los principios internacionalmente rectores del mundo van mucho más despacio que los cambios de la realidad mundial. Es inútil: la diplomacia usa el avión y el cable, pero esto pertenece a las formas y a los medios. Sus concepciones mentales se mueven lentamente para la velocidad precisa para atrapar al trend de los acontecimientos y de los cálculos. Los más concienzudos calculadores y estadistas de los organismos internacionales se han acostumbrado a quedarse «cortos» o sobrepasados, e incluso en los afectados, la rebelión de la impaciencia se troca a veces en sorprendente resignación. Diríase que los hambrientos de las zonas damnificadas—por guerra u otra calamidad—aguantan más que las minorías contestatarias, nutridas por elementos mejor situados. El que en el último tercio del siglo XX no incluya la paradoja entre los principios internacionales—alógicos, no ilógicos—no explica mucho de lo que pasa y, lo que es más importante, de lo que parece que va a pasar. Los «imponderables» son ahora los «inevitables».

III

Los vencedores de 1918 pregonaron muchas cosas a remolque del manipulable Wilson, mientras aplicaban los clásicos remedios de los «platos rotos» a los vencidos. Con algunas complicaciones innecesarias. Pero se

dieron escasa o tardía cuenta de lo que encerraba el fenómeno bolchevique, y el menos perceptible de las lecciones aprendidas por los combatientes de color en Europa, cuando regresaban. Europa además subestimó el papel estadounidense. Y el mundo de entre guerras, con su flamante ensayo ginebrino y todo, se entretuvo en mezclar mezquinos problemas con importantes cuestiones, sin la gradación necesaria. Al final la falta de visión —y de previsión— de los que podían trocar la precaria paz —Tojo y Hitler en cabeza; pero no solos, sino secundados aun fuera de su bando— trajo la catástrofe. Da pena recordar la pobreza de ideas de los nuevos vencedores y su escasez de inventiva para no caer nuevamente en la sima de 1919, que esta vez no era como entonces. Además la división de los vencedores les llevó a extremos inconcebibles, por más que alguno de los jugadores —la URSS— no sólo apostaba fuerte, sino sobre seguro, conociendo los puntos flacos de los occidentales.

Luego han pasado muchas cosas, que no es preciso recordar porque complicarían la exposición. Pueblos y gobernantes tienen conciencia de los cambios, aunque los valoren de modo dispar: encontrado a veces; Indochina es el ejemplo más trágicamente exhibible, pero no el único. Algunos remiten temporalmente —Berlín—; otros se «consumen» en su salsa; pero siempre aparecen terceros factores que mantienen la discordia y el peligro a un alto nivel. Es un signo al parecer inevitable, y ya es algo que no haya provocado otra gran catástrofe. Aunque el milagro puede deberse no a la cordura, sino al conocimiento de la impotencia para salvarse caso de conflicto nuclear.

IV

Si se nos permitiera enumerar —no exhaustivamente— los grandes problemas internacionales, habría sorpresas. Los tozudos del «clasicismo diplomático» nos dirían que las drogas, la amoralidad sexual, el desprecio por la persona humana y el relativismo económico, combinados con la difusión de signos más carnavalescos que ideológicos, no tienen por qué figurar en esta lista. «Simples problemas de policía...», dicese. Pero en realidad son el espejo individualizado y minimizado (?) de lo que en gran escala pasa entre los pueblos: odio racial, social, ideológico y sobre todo económico. El mundo presenta una fisura mortal para su supervivencia, y que para nuestra intranquilidad no parece fácilmente rellenable. Es la que separa, no a comunistas de capitalistas (¡qué simpleza enunciativa!) ni a las gentes

por su credo, lengua o nacionalidad, sino la que divide al pequeño grupo de los desarrollados de la gran masa, temible e impotente a la vez de los subdesarrollados (556 contra 2.558 millones, respectivamente). ¿Cómo van a funcionar los esquemas de la diplomacia y de la élite clásicas, la que en Saint-James es inflexible en el pantalón justo y la liga, cuando en 1980, el cuarto de la humanidad tendrá más de 2.500 dólares de renta per cápita y los otros tres cuartos sólo 280? Suponiendo que los cálculos no fallen para todos, por el agotamiento de productos irreproducibles; y no sólo pensamos en los minerales, sino en algo tan elemental como el agua o la «buena tierra», que muchos creen que se están despilfarrando o estropeando; mientras crecen esas sociedades en crisis estructural que son las megalópolis. De poco sirven los avances tecnológicos: los indios pueden vivir más años, pero siguen alimentándose insuficientemente. Ante ello hay una parte de la humanidad que se ha decidido por la «colmenización gregaria», igualando bajo modestos niveles—ejemplo, China—; otra que, sin abandonar ese esquema en su parte ideológica, no renuncia a elevaciones «consumistas» —la URSS—, y otra que defiende con uñas y dientes su delantera y su bienestar, más o menos disfrazado; y no siempre con conciencia de hasta dónde puede llegar en su humano «conservadurismo». Ejemplo: los países industriales, desde el coloso yanqui—corroído por dentro— a los «asépticos» nórdicos. Superejemplo: ese terrible herrenklub de los feudales del industrialismo europeo que se autodenomina CEE. Si éste ha de ser el refugio de España, y de otros países de sus condiciones, exhumemos el retórico grito que remotamente emitiera Olózaga en unas Cortes isabelinas: «¡Dios salve al país!» O mejor: al mundo, empezando por Europa.

V

No somos muy pesimistas. Somos conscientes, y abrimos brecha a la esperanza, más por recordar a la Providencia que por confiar en que el hombre no tropiece infinitamente en la misma piedra. Además las realidades van a despertar —quiera Dios que en temprano tiempo— a la Humanidad: despilfarrar menos, compartir más, desechar (se comprende que no de «golpe») la imposición de la fuerza unilateral, renunciar a hacer la «felicidad» del prójimo, sometiéndole a un modelo sin contar con él..., etc.

Pero sean los que fueren los caminos de la supervivencia —no hemos escrito democracia, prosperidad ni aun desarrollo—, lo que no admite duda

es que exigen una renovación radical de los principios directivos de la vida internacional, comenzando por sus esquemas orgánicos y funcionales, sus factores de poder o influencia, y ciertas «reglas tradicionales» que siempre olieron a ficción o sarcasmo y que ya no se tienen en pie.

No vamos a decir que todo lo existente esté mal, que nada sea aprovechable, y que el «vuelco» sea ya realidad. De producirse, los males serían peores. Al contrario: consideramos indispensable arrancar de modo realista y prudente de lo que existe, meditar las alteraciones, y evitar que la «vuelta de campana» sea tan completa que, bajo diferente postura, nos deje donde estábamos. Tendremos que transigir —como mal, si no menor, difícilmente reemplazable— con muchos abusos e injusticias preexistentes. Habrá que contentarse con muchos modestos «términos medios» ante el peligro de no conseguir nada. La mejoría será gradual y desigual; tampoco será rectilínea o continua. Es de la esencia de las relaciones internacionales reservar una previsible cabida en su esquema al atasco y al retroceso, eso sí, procurando que no se convierta en enquistamiento.

Por de pronto hay que arrancar de la ONU y de sus muchas «agencias especializadas» a sabiendas de que las hay que contradicen, duplican o complican la acción de otras. Exactamente como de las organizaciones regionales, que sería deseable —aunque utópico— que se «autodepurasen», simplificándose, coordinándose y enterrando a las inútiles, en aras del auge de las eficaces. Incluso muchas independencias ficticias deberían ceder el paso a agrupaciones paritarias que dieran más coherencia vital al conjunto que a sus partes aisladas.

VI

Los intereses creados van a dar pocas facilidades para ello: será la realidad la que se imponga, cada vez de modo más apremiante, a medida que la Humanidad viva más agobiada y tenga que prescindir de lujos anacrónicos. Sean sustanciosos —como las «murallas de la China» de los Nueve—, la factura retardada del Tío Sam a sus obligados —y a otros que no lo son— y del Tío Iván, a sus «liberados» o alcanzables. O sean simplemente pintorescos como el relevo de la guardia frente al Convent calpense, o el reparto de mapas que dibujan Israel desde el Nilo al Eufrates... El futuro Derecho Internacional, espejo más sincero que el clásico de la realidad de la vida internacional, quizá tenga que comenzar haciendo profesión de humildad, y confesión de impotencia para remediarlo todo, a la vez, de golpe y

«para siempre». Lo definitivo va a ser cada vez más breve, porque la Historia acelera sus cambios y encadena sus crisis con mayor regularidad. Y así la ONU, las numerosas sub-onus, y las cancillerías tendrán que negociar a tono con los hechos el orden de primacías en las agencias internacionales, y la proporción de aportaciones —incluidos los sacrificios que supongan— a la solución de los problemas acometidos. Y tendrán que dormir despiertos, sin confundir buena fe con ingenuidad, ni esperanza con ilusionismo. Los «grandes» deberán dar ejemplo (iniciando los sacrificios) de buena conducta a los otros. Los recalcitrantes podrán sufrir sanciones de repulsa positiva internacional, que ahorren los clásicos y bárbaros métodos coactivos de antaño. Los perjudicados necesitarán activa paciencia. Muchas más cosas podríamos añadir en este orden. Pero todo ello, ya: el siglo no admite demoras.

VII

Sería empequeñecer estas reflexiones, si —por mucho que nos interese— pasáramos a aplicarlas a la vida internacional española. Quizá nos faltaría perspectivas frías*. Pero sí podemos decir algo: los pequeños —y entre ellos nos incluimos modestamente— sufren más que los grandes del retraso o desfase de sus principios internacionales ante la realidad. Y no es severo afirmar que ni la juventud dinámica de nuestra diplomacia, ni otros cambios acontecidos en la vida española desde 1945, han eliminado las huellas de nuestra relación con principios, que incluso arrancan de tiempos anteriores a aquel año. La «continuidad en los ideales», loable en las tranquilas épocas idas para siempre, ha de armonizarse con la puesta permanente al día, de objetivos y métodos, dentro de lo posible y haciendo lo imposible para que aquéllos lo sean. Si vivieran Vázquez de Mella, Maeztu o Labra revisarían cada seis meses —cuando más— la formulación de sus principios. Los jóvenes, casi dueños del presente y dueños del futuro inmediato, no van a ser más retardatarios, España cuenta ya con III Planes de Desarrollo Nacional. Nos haría felices con un Plan—permanente y activable siempre— de Desarrollo Internacional, sin desconocer ninguno de los esfuerzos que ya se realizaron, muchos silenciosos y por ello más meritorios.

J. M. C. T.

* Remitimos al lector a la concisa parte dedicada a los asuntos exteriores en la declaración de Principios del nuevo Gobierno español, reproducida en otro lugar de esta REVISTA.

ESTUDIOS

